

HOMILIA DE LA EUCARISTÍA DE LA PROFESIÓN PERPETUA DE LAS HERMANAS OBLATAS DEL CORZÓN DE JESÚS. 27 DE JUNIO 2015.

“*Que sean UNO*”. Este es el corazón de algunos versículos del capítulo 17 del Evangelio de Juan, la última oración de Jesús a su Padre, que recapitula de una manera muy bella la misión que había recibido de Él. Por algo Madre Luisa Teresa hizo de este capítulo 17 de Juan, “nuestro código de ley por excelencia”. Y ahora estamos aquí, mis hermanas, ¡en el corazón de vuestro código de ley!

“*Que sean UNO como nosotros somos UNO: yo en ellos y tú en mí.*” ¿Qué celebramos esta mañana? Su profesión perpetua, su compromiso para toda la vida con Cristo y a su Iglesia. Uds. renuevan también su Oblación, de donde deriva el nombre de su Congregación: “Oblatas del Corazón de Jesús”. Oblación, es una palabra que puede parecer fuera de uso, de otro tiempo... dentro de unos momentos tendrá lugar un diálogo entre Uds. y yo, en el cual se dará la definición: “*Una respuesta de amor al amor primero de Dios*” y su superiora general les dirá: “*Que Cristo una su Oblación a la suya*”.

Este deseo de unidad expresado por Cristo no es para sus discípulos la voluntad de un general que busca la cohesión de su ejército para que pueda combatir al enemigo y ganar la batalla. Oh, Cristo desea de todo corazón que su Evangelio inflame el mundo y por eso ora por la unidad de los discípulos. Pero esta unidad no es en primer lugar una cuestión de organización, no es un enrolamiento, no se expresa por una sumisión ciega. Ella tiene su fuente en la contemplación de la Oblación de Cristo por la humanidad, de la contemplación del corazón de Cristo del cual brota sangre y agua: “*Pero al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua*”. (Jn. 19, 33-34)

Ser uno con Dios, vivir en unión los unos con los otros, a pesar de nuestras diferencias, para ser signos de la Salvación realizada por Cristo, esa es, hermanas mías, su vocación. Pero eso necesita venir a beber en esta fuente que es la oblación de Cristo, el don de Cristo.

Porque la unidad del Padre y del Hijo está contenida toda entera en esa sangre que brota del costado de Cristo: el Padre, en un gesto de amor, entregó su Hijo a la humanidad que busca la Salvación; el Hijo, a su vez, se entrega en esta humanidad por medio de mujeres y hombres que se entregan totalmente, sin reserva ni condiciones, para dar testimonio de Reino de Dios. Un Reino en construcción en medio de nosotros, un Reino por construir porque las fuerzas que se oponen a él son numerosas.

Porque la unidad del Padre y del Hijo está contenida toda entera en esa agua, el agua del nuevo nacimiento, el agua del bautismo, que se mezcla a la sangre derramada: es por el sacrificio de amor de Cristo que somos dignos de ser hijos del Padre, hermanos y hermanas de Cristo. Esto es lo que celebraremos en este altar.

De esta manera, contemplar esa sangre y esa agua que brotan del corazón de Cristo y beberla, es acoger en nosotros el don de Dios a fin de que Él nos convierta y haga de nuestra vida un don por amor. Sí, eso es la oblación: una respuesta de amor al amor primero de Cristo, una unión de nuestro don, siempre imperfecto, siempre por conquistar, nunca adquirido, al don total, sólido, infalible, de Cristo. ¡Solo ese don único y perfecto de Cristo puede permitirnos permanecer fieles al nuestro! Que en efecto, mis hermanas, ¡Cristo pueda unir su oblación a la suya!

“Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. ¡Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo!” (1 Jn. 1, 3-4).

Queridas hermanas, nuestra alegría es grande como la de Uds., como la de su congregación, como la toda la Iglesia, unida misteriosamente a nosotros esta mañana! Porque, en efecto, en su oblación perpetua descubrimos toda la importancia de su vocación, esta vocación a la vida consagrada que viene a decir a la Iglesia, que, al fin de cuentas, el Reino de Dios no es en principio un lugar, sino más bien un estado: el de la unión a Dios en el don que Él hace de su vida en Jesucristo, ese de la unión a los hombre y mujeres de este tiempo en esta bella misión a la cual Uds. se acaban de comprometer: dar a conocer a los hombres al Dios de ternura, ser en el corazón del mundo testigos de amor que brota del corazón atravesado de Cristo, en cuyo seguimiento, es el único capaz de abrirnos a la verdadera vida.

Demos gracias a Dios que hizo nacer en su corazón ese deseo d unión a Dios y de comunión en una congregación que vive de un mismo carisma. Uds. viven en países que atraviesan muchas pruebas, fragilidades, injusticias y violencias. Que la contemplación del Corazón de Cristo, fuente de agua viva que brota hasta la vida eterna, sea para Uds. el origen de su fidelidad y de un auténtico compromiso misionero al servicio de todos, particularmente de los humildes, los pequeños, los que sufren; de todos aquellos que buscan a tientas ese Corazón de Jesús desbordante de amor.

Amen.